

de los movimientos especializados de la acción católica. Aquí ciertamente concordamos con el autor por cuanto estos movimientos toman en cuenta la realidad de que vivimos una sociedad asociativa y no comunal. De la aceptación que pueda tener esta proposición del P. Houtart dependerá, en no poca medida, la eficacia de la Iglesia Católica, al igual que la de otras iglesias, en la sociedad urbana moderna.

CARLOS E. MONTES
Universidad de Puerto Rico

J. R. MORRAY, *The Second Revolution in Cuba*, New York: Monthly Review Press, 1962.

WILLIAM APPLEMAN WILLIAMS, *The United States, Cuba and Castro*, New York: Monthly Review Press, 1962.

Estos dos pequeños volúmenes representan los esfuerzos continuos del Monthly Review Press en Nueva York para educar a la opinión liberal y radical en las realidades de la próxima revolución latinoamericana. Ciertamente, así como en la década del treinta, Víctor Gollancz y el "Left Book Club" organizaron la opinión británica en contra del fascismo europeo, en la década del 60, el "M. R. Press" está ayudando a romper con la tradicional opinión americana de aislamiento en favor del cambio revolucionario en la América Latina. De este modo tenemos que lo que fue España para la izquierda europea y americana hace una generación, ahora Cuba lo es para la siguiente; siendo testigos nosotros de la misma guerra de palabras sobre la cuestión cubana que antaño caracterizó el gran debate sobre la Guerra Española. Williams y Morray como académicos izquierdistas dentro del conformismo intelectual y moral de la presente vida universitaria americana representan valerosamente este movimiento.

El libro de Williams, en esencia, es una defensa de la revolución cubana en contra de la tesis, que popularizó Theodore Draper. Este demuestra la falsedad del argumento de Draper de que la revolución traicionó su ideología original liberal, únicamente demostrando en términos sociológicos que los elementos que componían el movimiento antibatistiano, no constituían una revuelta de la clase media y sí básicamente una *jacquerie* del campesinado. Nos demuestra que las actitudes oficiales norteamericanas hacia la Nueva Cuba, están erróneamente fundadas en la ingenua creencia de que las revoluciones son fenómenos que no producen dolor. Los norteamericanos, insiste ade-

cuadamente el doctor Williams, han juzgado a Cuba como si los mismos Estados Unidos hubiesen pasado de las condiciones de 1776 a las de 1962, a través de un proceso de una benevolencia llena de alegría y una racionalidad inmaculada, si esto es así, entonces resulta completamente sin sentido el pensar sobre el asunto cubano en términos de hombres malos que rehusan renegar de sus erradas metas. Particularmente, el pensar americano tiende siempre a considerar las revoluciones en términos de una actuación de clase media, según la frase de Aristóteles, como la salvación del Estado; sin embargo este supuesto ignora el dato crucial de que la sociedad latinoamericana es en sí un barbarismo neofeudal, casi intocada por la racionalidad burguesa. Una clase reinante, dice Bagehot, preferirá pelear una batalla perdida en lugar de no presentar ningún tipo de lucha. El valor principal del argumento de Williams es que nos recuerda que ni el aristócrata francés del 1789, ni el sureño norteamericano dueño de esclavos del 1861 estaban preparados para ceder sus privilegios sin dar batalla. Esperar que la oligarquía latinoamericana se comporte mejor es llevar el romanticismo liberal a su peor extremo. En resumen el libro de Williams destruye la tesis de Draper. El lector solamente se pregunta si en verdad esta tesis es tan importante que justifique el malgasto de un libro entero en refutarla.

El libro de Morray es un trabajo más problemático. En su mayor parte es una defensa detallada del rol del Partido Comunista Cubano en la revolución, desde sus comienzos. Justificadamente, él ve que lo que para el Departamento de Estado Norteamericano es la "traición" de la primera etapa jacobina de la revolución, es en realidad el surgimiento de una segunda revolución, manifiestamente socialista. El libro es valioso por tanto ve a la nueva Cuba como un organismo biológico en un proceso de evolución; y traza meticulosamente el propio desarrollo ideológico de Castro de un revolucionario de tipo romántico como Martí, a un marxista radical en términos cubanos. Los cambios son por lo tanto propiamente vistos no como respuestas a actitudes cambiantes externas —como mucha literatura amistosa supone— sino como elementos dinámicos trabajando dentro de la vida interna y el espíritu de la revolución. Es posible que el papel de los comunistas cubanos haya sido un poco romantizado en este relato; ciertamente, la nota al calce que nos ofrece el profesor Morray, sobre la denigración de Aníbal Escalante durante la crisis del 1962, sugiere que los comunistas cubanos, como en otras partes estaban ciegos al significado básicamente cubano de la revolución. Tampoco es la lectura del libro más fácil por el obvio intento del profesor Morray de escribirlo en el rico estilo de los panfletos históricos del propio Marx sobre las revoluciones parisienses del 1848 y

1871. El intento fracasa dolorosamente. No solamente esto, el libro también falla en que argumenta en una forma de tipo ideológica muy estricta. Los editores nos dicen, por ejemplo, que el profesor Morray residió en Cuba por un período de 21 meses durante la revolución. Sin embargo muy poco en este libro nos sugiere esto; no hay descripciones de un observador de primera mano sobre lo que la revolución era en términos de experiencia y diaria vivencia tal como es. Hemos tenido que esperar por otras fuentes que nos den el lado más humano de la historia cubana.

GORDON K. LEWIS
Universidad de Puerto Rico